

Sobre cómo matar a Alphonse Finch

Ayer Finch



Capítulo 1

Recuerdo vivir en S. sintiendo que no tenía casa. Lo único parecido a un hogar para mí se encontraba a cuarenta minutos andando de mi piso, atravesando dos o tres barrios hasta llegar a la G. P. Caminar hasta allí era uno de mis momentos favoritos de la semana. No estaba cerca, pero tampoco lejos; digamos que en el punto perfecto para desconectar la mente un rato, fumarme unos cigarros y sentirme libre. Me entristece que nadie pueda comprender jamás qué sentí en aquellos entonces. Para ello, quien me escuchara debería haber crecido en un pueblo apartado de la mano de Dios y, de repente, a los dieciocho años, haber comenzado una nueva vida en una ciudad enorme, ridículamente grande. No tanto como Madrid o Barcelona, pero, comparada con esa aldea de setecientos habitantes, tan grande como el propio universo. Entonces, quien oiga mi historia comprenderá cómo se siente el peso de la ciudad sobre las espaldas de uno y a qué sabe la verdadera soledad. Y estoy seguro de que esa persona, como yo y como todo aquel que haya experimentado una situación similar, conocerá ese momento de desconexión que aparta las quimeras del horizonte y le permite observar el mundo y su situación en él con un corazón empírico. Es ese momento en que vivir en la ciudad parece la experiencia de otro sujeto, como si tu mente se hubiera introducido en un cuerpo ajeno, y sin pensar mucho en ello observas y experimentas la vida como todo aquello que siempre has soñado, inmerso en ese tipo de paisajes que llenan el alma de placer. Ahora eres libre. Los espacios recónditos de la ciudad te invitan a pertenecer a ellos, y tu identidad puede conformarse en uno o dos días si eres lo bastante avisado. Estás aprendiendo quién eres en verdad, sí, pero la libertad de creación te permite amoldarte a lo que desees. Puedes cambiar de nombre y de color de pelo; puedes renovar tu armario; quizás consigas nuevas amistades; explorarás nuevos ambientes, saldrás de discotecas, te besarás con desconocidos e incluso puede que te comas alguna que otra polla en los baños de tu sala favorita; fumarás tabaco y fumarás porros; alguno se meterá una o más rayas, le robará a su camello... Nadie sabe dónde vives, nadie conoce tu pasado: las huellas del camino que te han traído hasta aquí han desaparecido. Ya solo existís tú y tu presencia en el presente.

Así recuerdo mi camino a aquel sitio, del cual no hablaré hoy porque podría llevarme toda la noche escribiendo. De repente mis preocupaciones desaparecían y yo era tan libre, tan, tan, tan libre... No uso otra palabra porque no existe. Y por ello me entristezco al hablar de aquellos días, porque no hay forma de transmitir a nadie la inmensidad del sentimiento que ocupaba mi corazón cuando paseaba por aquellas calles y me sentía inmerso en la cotidianidad de un mundo en el que siempre había querido hundir mis manos.

Entiendo que quien lea esto no sepa de qué estoy hablando. Ni yo mismo sé ya de qué forma puedo contar la melancolía y la añoranza que me produce pensar en la ciudad. Me gustaría tener el poder de extraer ese recuerdo, y cómo me sentí y cómo lo viví, tan intenso aunque no me diera cuenta, para mostrárselo a alguien, a una sola persona me bastaría, y que me dijera: «Te entiendo». Ahora me sorprende pensando en aquellos entonces a diario, volviendo a sendos espacios en mis sueños. El otro día soñé con una ciudad; no era mi ciudad, pero el sentimiento que allí me llenaba era el mismo: seguridad, confianza y, de nuevo (sé que estoy siendo muy repetitivo), libertad. Y ayer soñé lo mismo, pero en otro espacio y otro contexto. Sueño con sitios donde puedo mantener la mente despejada, donde me refugio en mi droga favorita, donde nadie me conoce. Pero cuando me despierto me encuentro aquí, y la bofetada de realidad del despertar me hace sentir más atrapado que nunca. La silueta de las montañas cada vez está más cerca, y temo el día en que sea tan pequeña que ni siquiera mi garganta aquí quepa y muera ahogado entre los paisajes verdes del hogar del que reniego.

Hasta entonces, solo me queda seguir soñando.

Capítulo 2

De pequeño me sentía muy diferente al resto de niños. Puede que esto tuviera que ver con mis comportamientos femeninos y amanerados: desde siempre he preferido juntarme con chicas, y mientras los chicos pasaban los recreos en la pista de fútbol, nosotros acaparábamos los pequeños espacios marginales del patio, que aún a principios de los 2000 se le dedicaban a las niñas. Así aprendí a comportarme como ellas, a hablar como ellas, a moverme como ellas. Pronto, no solo me convertí en un bicho raro para ellos: también ellas rechistaban ante mis comportamientos y los consideraban ridículos y denigrantes. No sé si este es el motivo por el que durante mi infancia y mi preadolescencia, hasta que encontré amigos fieles de verdad, todo el mundo acababa dándome de lado en alguna ocasión. Apenas cumplidos los trece ya me consideraba una persona solitaria, aunque nunca lo admitiera porque, en realidad, aquel era mi mayor complejo. Fue en esta época cuando una profunda y crónica melancolía se instalaría en mí anclando sus raíces en los recovecos más recónditos de mi cabeza. Mi subconsciente aprendió una falsa lección: los demás tenían algo que los hacía encajar y ser felices y yo no.

Por ello, a los dieciséis años me convertí en una persona llena de complejos e inseguridades, como cualquier adolescente, pero que se defendía de ellos mediante un sarcasmo y un cinismo demasiado punzantes hacia sus familiares y amigos. Yo renegaba de los comportamientos que el resto de personas pudiera tener, porque los consideraba básicos y simplistas, incluso estúpidos; o eso me molestaba en demostrar al mundo, cuando, en realidad, esa voz que me hacía creer que estaba estropeado y que jamás podría ser como los demás me llenaba la cabeza de quimeras venenosas y siniestras que impedían vivir con tranquilidad.

Es habitual cuando estas cosas pasan que el sujeto invierta su tiempo en embadurnar sus ojos de belleza. En primaria empecé a escribir historias ficticias con el objetivo inconsciente de despejar la mente y olvidar todas aquellas preguntas que hacían de mi entorno un lugar hostil: «¿Qué tienen los demás que a mí me falta?»; «¿Por qué soy siempre el segundo plato de todos?»; «¿Por qué soy tan raro?». Con once años ya viajaba a lugares lejanos y fantásticos donde todo aquello que se me movía por dentro y que tanto miedo me daba exteriorizar se convertía en paisajes nostálgicos y contextos melancólicos. Allí era donde más disfrutaba ocultarme del mundo: la tristeza, una zona de confort en la que no me hacía falta ser masculino ni valiente ni bueno en los deportes.

Pasaron los años y, como todo el mundo, cambié. Cambié tantas veces que llegó un punto en que ni siquiera sabía quién era, si es que en algún

momento lo supe. Entonces, con diecisiete años, conocí a J.

J. era mi profesor de Dibujo Artístico de segundo de bachillerato, un hombre alto y corpulento de unos sesenta años. Dos cascadas de pelo amarillo caían desde los bordes de su cráneo desnudo hasta su barbilla, y sobre su enorme y desagradable nariz, unas gafas de pasta protegían sus ojos del mundo. Se notaba con solo mirarlo, sin embargo, que había sido muy atractivo en la juventud. J. era un hombre excéntrico y extravagante, pero no solo eso: él mismo sabía muy bien que lo era, y se esforzaba a diario por demostrarlo al mundo.

En aquel entonces, a pesar de ser bastante inconsciente de todo esto que acabo de contar sobre mí hasta ahora, me sentía bastante identificado con J.; y, sobre todo, arropado por sus afiladas observaciones sobre el resto de personas. A día de hoy comprendo que el mismo complejo que a mí me atormentaba lo atormentaba a él también, y por ello siempre lo encontrábamos criticando al resto de personas con las que trabajaba en el instituto. Lo que esto escondía, comprendo hoy, era una profunda envidia, porque yo también la he sentido hacia aquellos que he observado obteniendo, en rutinas que se me han antojado aburridas e insustanciales, una importante felicidad que siempre había creído prohibida para mí. Por ello, el punto de sus vidas que siempre atacaba era la falsa felicidad que proyectaban al mundo cuando, en realidad, se trataban de personas bastante tristes. Esto no es verdad y nunca lo ha sido, claro: el paso de los años me ha enseñado que la felicidad no es medible y que cada persona la encuentra en un lugar distinto. Pero yo defendía aquella postura de que todo el mundo —menos yo, claro— se sentía vacío por dentro; que nadie disfrutaba de sus relaciones sociales ni sus pasatiempos favoritos; y que, encima, a pesar de esto, se esforzaban siempre al máximo por demostrar al mundo lo felices que eran y lo contentos que estaban con sus tristes y patéticas vidas. Como dije antes, este tipo de comentarios, que también observé en J., solo escondían un único sentimiento: la envidia, pues quien de verdad se sentía triste y vacío y se ponía una careta de felicidad ante el mundo no era, en realidad, más que yo. Pero pensar en los demás como personas vacías, tristes y tontas me hacía sentir seguro de mí mismo, claro; y a J. también. Por ello, cada vez que él criticaba al resto de profesores del instituto, diciendo que eran personas grises, sin alma y sin motivación, que habían dejado morir a su niño interior hacía mucho tiempo —cuando, en realidad, quien se sentía así de verdad era él mismo—, yo asentía y me sentía bien de ser especial e incomprendido, pero también «feliz» y «seguro de mí mismo».

Y como acabo de decir, J. era una persona bastante triste. Es más: aunque no nos diéramos cuenta en aquellos entonces, con mis conocimientos de hoy en día, que tampoco son muchos sin embargo, diría que J. tenía una depresión bastante jodida. No solo tenía unos bruscos e inquietantes cambios de humor: también nos hablaba del suicidio, del amor que nunca llega, de lo dañado que estaba su corazón. Y cuando

llegaba a clase con la cara bien larga, tan distinto al J. alegre, bromista y ocurrente que nos había dado clase justo el día anterior, y compartía con nosotros algunos de sus escritos, que trataban siempre temas como estos, y nadie le escuchaba, se enfadaba y nos decía que teníamos la cabeza embotada y que no sabíamos apreciar el verdadero arte. Tan acomplejado se sentía que el día de la graduación, hablando con él junto con unos cuantos más compañeros de clase, soltó un «amistoso» comentario acerca de cuánto le había hecho la pelota durante el curso. Y yo, lleno de dolor ante sus palabras, porque si me había acercado tanto a hablar con él durante el curso había sido porque me gustaba de verdad, pensé: «¿Creerá que todo el que se le acerca busca algo a cambio?».

No hablaré ahora, sin embargo, del rencor que le guardé durante años por opinar esto de mí, porque con esa edad no comprendía la cantidad de complejos e inseguridades que J. escondía tras aquella fachada de seguridad y confianza. Si vengo a hablar de él esta noche, no es por otro motivo que por las palabras que dijo un día y que me cambiaron para siempre: aquella observación que comentó en una de sus clases acerca de la sierra, aquel espacio en que había crecido y que tanto había ignorado durante años, como si la silueta de las montañas no fuera más que un trampantojo en las paredes del fin del mundo.

Capítulo 3

J. venía de cierta ciudad cuyo nombre no mencionaré; solo diré que era una ciudad costera. Por ello y por cómo nos contaba sus vivencias en relación al traslado, pienso que su depresivo estado de ánimo podía ser, en realidad, una recaída provocada por aquella experiencia. J. siempre hablaba de su lugar de procedencia como un sitio fantástico y donde, al parecer, por cómo se le iluminaban los ojos cuando colmaba la mente de recuerdos de aquel sitio, sus problemas estaban resueltos.

Siempre me molestó que hablara mal de la sierra. No porque yo hubiera nacido allí y guardara un especial cariño a aquel sitio, al contrario: mi malestar no tenía nada que ver con sentimientos nacionalistas. De hecho, lo que de verdad me molestaba de sus palabras era que nos contara lo mucho que odiaba vivir allí cuando apenas habían pasado unos meses desde su llegada, mientras que nosotros llevábamos casi dieciocho años allí encerrados. En concreto, yo mismo odiaba aquel sitio igual o más que él, y todos los motivos que nos daba en relación a por qué detestaba aquel sitio —lo cerrada que le parecía la gente, la mala gestión del instituto, lo perdida que veía a la juventud—, que a pesar de sus constantes quejas apenas habrían supuesto invisibles rasguños en su corazón, para mí, desde que nací hasta entonces, se habían clavado en el mío como un puñal hasta la empuñadura, de forma que sus lamentos me parecían tan vacíos y estúpidos como todo aquello que él replicaba a los demás.

No lo contradecía, sin embargo; pero siempre que sacaba aquel tema de conversación, le decía:

—Pues si tú estás harto, ¡imagínate nosotros! —refiriéndome a mí y al resto de mis compañeros.

Y entonces él me miraba con compasión y tristeza y yo me ponía malo de rabia, como si sus ojos solo vieran una parte del asco que se había ido acumulando durante años en mis entrañas y que a aquella edad adoptaba ya la forma de una enorme esfera de odio y rencor que me atascaba la garganta. Nunca comenté nada al respecto, sin embargo, porque comprendía, aunque no me diera cuenta, quizás con el instinto con que animales de compañía entienden ciertos sentimientos humanos, que su corazón ya estaba lo bastante colmado de amargura.

Yo también me compadecía de él. No era difícil observar cómo aquel sitio, sobre todo sabiendo lo que puede llegar a hacer a una persona con inquietudes y motivaciones que se apartan de los convencionalismos de siempre, le consumía por dentro y lo convertía, si cabe, en una persona aún más taciturna. Por ello siempre atendía a sus observaciones y reflexiones con la curiosidad de un niño; y es que J., a pesar de arrogante

y excéntrico, era alguien bastante interesante. No siempre compartíamos el mismo punto de vista, pero no me importaba demasiado: de sus palabras recogía lo que más me interesaba y desechara lo que se me antojaba inútil o maligno.

Recuerdo que una vez comentó algo que cambió por completo mi visión artística y emocional sobre los espacios y la vida en aquel sitio. Incluso nos hizo un gráfico en la pizarra que acompañaba la narrativa de su alocada explicación. Me dio pena que nadie lo escuchara ni lo tomara en serio, sobre todo porque, aunque sus visiones sobre el mundo fueran demasiado incisivas y cínicas, siempre tenía algo que decir. J. nos explicó por qué aquel sitio encerraba y perforaba su alma como un ataúd de clavos. No recuerdo las palabras exactas, pero lo que nos comentó fue lo siguiente, tan obvio que nunca me había dado cuenta de ello: en la sierra no se ve el horizonte.

Y nos dijo que cuando daba clases en aquel lugar lejano, tan apartado de la ondeante silueta de las montañas, observaba el horizonte del mar y su alma se purificaba: allí mismo, plantado ante la representación sensible del infinito, de repente su existencia se volvía ínfima como una mota de polvo y la existencia de las cosas cobraba un nuevo significado.

Aquella observación consistió, en realidad, en un regalo y una maldición. A partir de aquel momento comencé a observar el final de la sierra, aquella forma alargada e irregular, teñida de un azul que parecía acompañar la tristeza que siempre había existido en mí, como una mentira que había creído de por vida. Allí en mi localidad natal era imposible observar el horizonte. Y no convierte esto aquel lugar en una cárcel sobre el resto de sitios: en la ciudad son los colosos de cemento y crisantemos quienes tapan la infinidad del mundo. Entonces comprendí cómo aquellas últimas montañas de la lejanía habían supuesto siempre la frontera de mi curiosidad, y cómo desde pequeño había entendido el final de mi visión el fin, en realidad, de toda la realidad existente. Aquella era la excusa que llevaba buscando durante toda mi vida para justificar el odio innato hacia este sitio que había nacido y crecido en mí, que más tuviera que ver con todo el acoso y rechazo que había sufrido durante mi infancia y preadolescencia por mi condición sexual en realidad; pero, ante la imposibilidad de defender a aquel niño que no comprendía por qué todo el mundo se comportaba de aquellas perniciosas formas con él, mi odio y mi rencor iba dirigido, en realidad, a los paisajes que me habían acompañado desde que nací.

De esta forma encontré un motivo para odiar con razón aquel sitio, de igual manera que la contradicción surgió, como siempre, en mis motivos. Ahora que lo odiaba, comprendía que lo amaba con locura, porque aquellas imágenes grabadas en mi cabeza de castaños verdes y dorados, sierras azules y caminos de miel constituían, en verdad, el manual de aprendizaje que me había hecho ser quien era. Así surgió la dualidad que

más tarde expresaría en mi poesía, obra que guardé en mi corazón momentos antes de marchar a la ciudad. Gracias a J. pude dirigirme a aquel sitio que tanto daño me había hecho, y durante meses establecí una conversación que al principio creía que era con él pero que, en realidad, era conmigo mismo, acerca de mis profundos deseos de marcharme y olvidar aquel agujero para siempre, pero llevándolo de por vida en mi corazón.